

LA FIGURA DEL PRIMER OBISPO DE NEUQUÉN Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD COLECTIVA LOCAL

Laura Mombello, UBA - Núcleo de Estudios sobre Memoria (IDES) e María Andrea Nicoletti, CONICET/Universidad Nacional del Comahue - Argentina

Resumen. En la Patagonia, la provincia de Neuquén, se consolidó como tal a lo largo de las décadas del '60 y '70, al calor del Movimiento Popular Neuquino (MPN), que gobernó la provincia desde sus inicios hasta la actualidad, cimentando la construcción de la identidad local sobre los paradigmas del progreso y el bienestar gestado a partir de los “pioneros”. Esta matriz identitaria es tensionada por las prácticas y los relatos impulsados por el primer Obispo del Neuquén, Jaime de Nevaes, centradas en la justicia y defensa de los derechos constitucionales. Su accionar lo llevó a posicionarse como un referente ético insoslayable no sólo para los católicos sino para otros actores sociales que fundaron una nueva matriz identitaria entendiendo a Neuquén como lugar de lucha y de la utopía. A partir de la muerte del Obispo se observa la aparición de las tensiones entre ambas matrices identitarias en el espacio público local.

Palabras-clave. Neuquén, Jaime de Nevaes, identidad, Movimiento Popular

Abstract. The province of Neuquén located in the Argentine Patagonia grew stronger throughout the 60's and 70's. The Neuquino Popular Movement (MPN) a local political party who governed the province from the beginning and continues to do so, creating a foundation to the paradigms of progress and their well-being initiated by the pioneers. The identity concept was challenged by the practices and stories from Jaime de Nevaes, Neuquén's first Bishop, who based the ideas in the justice and protection of the constitutional rights. His actions drove him to position himself as an unavoidable ethical reference, not only to Catholics but also to other groups who founded a new identity based on the understanding of Neuquén as a place of fights and utopias. After the passing of the Bishop, a noticeable tension between the two identities surfaced in the local public.

Keywords. Neuquén, Jaime de Nevaes, identity, Popular Movement

La provincia del Neuquén surge tras un extenso período territorialiano (1880-1957) como estado provincial casi paralelamente a la creación de su diócesis (1961). Arrinconada en el oeste de la Patagonia, el triángulo neuquino sufrió históricamente un aislamiento que incidió en su organización social, económica y política. El proceso de provincialización coincidió con la proscripción del movimiento peronista a nivel nacional, y tras un breve impasse radical en sus comienzos, los representantes locales del justicialismo (peronismo) se consolidaron como fuerza hegemónica. De esta fuerza surgió un partido provincial, el Movimiento Popular Neuquino, que buscó identificar el sentimiento de pertenencia local con los principios del justicialismo. Intentando así homogeneizar la diversidad migratoria (inmigrantes extranjeros como chilenos y sirios libaneses, e inmigrantes de distintas provincias argentinas y aborígenes) en busca de un nuevo espacio en construcción.

Este Movimiento (MPN), que gobierna hegemónicamente la provincia desde sus inicios hasta la actualidad, construyó sus prácticas políticas alrededor de la concentración de un fuerte liderazgo y personalismo que decantó en prácticas de patronazgo y clientelismo. Junto a estas prácticas fue construyendo un relato acerca de la identidad neuquina anclado en la figura de los primeros inmigrantes presentándolos como los pioneros forjadores de la provincia y motorizadores del progreso. Paralelamente a la conformación del Estado provincial y de las primeras matrices identitarias de la mano del MPN, daba sus primeros pasos en su organización administrativa, la diócesis de Neuquén, evangelizada desde 1880 por la Congregación salesiana a la que perteneció su primer Obispo Jaime F. de Nevares. La ausencia de una catedral, el símbolo más significativo de la sede episcopal, en el momento de la llegada del primer obispo, fue sin duda un signo de la escasa institucionalización de la Iglesia local. La Iglesia neuquina tenía y siguió teniendo durante el gobierno de de Nevares la particularidad de seguir siendo "Iglesia misionera", continuando así el camino iniciado por los misioneros salesianos predecesores del Obispo.

De Nevares nació en una aristocrática familia porteña, ejerció durante un escaso período su profesión de abogado. Su vocación sacerdotal y su incorporación a la Congregación salesiana dieron un vuelco radical a su vida. En la formación de su período episcopal fueron trascendentes las enseñanzas del Concilio Vaticano II, y las Conferencias de Puebla y Medellín. De Nevares participó tempranamente del crecimiento de una provincia que comenzaba a salir de su aislamiento político tras las oleadas de

inmigrantes chilenos y del interior del país que acudían en busca de trabajo a la construcción de represas hidroeléctricas y a la explotación petrolera en la década del '70. Ese crecimiento desperejo y anárquico, que no atinó a ser planificado ni encausado por sus dirigentes políticos locales, comenzó a cristalizarse en distintos ordenes de la vida provinciana.

En sus treinta y cinco años de Obispo su labor trascendió el ámbito puramente eclesiástico y local. Existieron por lo menos tres momentos que lo llevaron a trascender las fronteras de la diócesis y de la provincia: su participación en las huelgas iniciadas por los trabajadores durante las obras de la represa de El Chocón (1969 y 1971) en defensa de los obreros; la fundación de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (1975) junto a las Madres de Plaza de Mayo; y su elección como convencional constituyente por Neuquén en la Convención de Santa Fe (1994), que se propuso reformar la Constitución Nacional, oponiéndose al Pacto Olivos.

La corta historia de la Iglesia neuquina, sus raíces misioneras y el carisma de su primer Obispo, fueron algunas de las variables que intervinieron en su diferenciación con las restantes Iglesias argentinas. La juventud de la Iglesia neuquina contrastaba con las tradicionales y antiguas Iglesias norteñas o litoraleñas fundadas en épocas de conquista española, de patronatos y de marcada estratificación social. La impronta misionera patagónica se contraponía a otras diócesis fuertemente jerárquicas donde el Obispo raramente aparecía ante su feligresía, salvo en las reglamentarias visitas pastorales. En ese sentido, debemos observar un dato importante acerca del proceso de construcción institucional de la Iglesia patagónica. Contrariamente a la América Latina de origen colonial, donde la fuerte identificación entre Iglesia y Estado generó esa "matriz cultural" a que alude el documento de Puebla; en la Patagonia la Iglesia y el Estado se estructuraron por diferentes vías, con diversos propósitos y desde varios centros. En la Patagonia, la Iglesia, en su figura de Vicariato apostólico, fue organizada inicialmente desde Roma, -no desde Buenos Aires. Pensada desde sus inicios como misionera, dirigió su trabajo a través de la Congregación salesiana, a la que pertenecía de Nevares, a los más pobres y desprotegidos (aborígenes, campesinos e inmigrantes). Esta opción fue reforzada tras el Concilio Vaticano II, y mantuvo su independencia respecto de las instancias de poder estatal – incluso del sistema educativo estatal durante la gestión de de Nevares y sus sucesores (Agustín Radrizzani y Marcelo Melani). En el plano cultural, la opción por una Iglesia misionera, atenta a los más indefensos e independiente del poder político, incidió en la percepción general de una

institución construida por y desde la sociedad civil, más que desde el Estado (Nicoletti – Navarro Floria 2003, p.4).

Esta construcción particularmente neuquina, resulta contrastante en términos generales, con la estrecha relación que entre la Iglesia y el Estado argentino provocó el protagonismo institucional en el proceso y desarrollo político y cultural del país. La invención de una tradición nacional católica, llevó a que principios muy radicalizados que suponían la exclusión y condena de todo pluralismo religioso, se proyectaran además sobre la esfera política. Sin duda los efectos más nefastos de este proceso se vivieron durante la última dictadura militar, donde los integrantes de las fuerzas armadas se erigieron como tutores de la nacionalidad y “comenzaron a interpretar el papel de teólogos del catolicismo nacional, del mismo modo la cristalización de los militares llevará a una paralela militarización de importantes sectores eclesiales” (Zanatta 1998, p.175). Sin embargo, la profunda transformación que había comenzado a experimentar la Iglesia a partir de los años ‘50 y que desembocó en el Concilio Vaticano II, y las Conferencias de Puebla y Medellín, tornaban cada vez más difícil la condena a todo tipo de expresión religiosa y/o política no católica. La apertura de la misma Iglesia, volvió cada vez más problemática la apelación por parte del poder político al magisterio eclesial; las fuerzas armadas tuvieron cada vez más que apoyarse en la legitimidad brindada por una parte mayoritaria del clero, reacia a adoptar la postura conciliar de la Iglesia. Para la época de la dictadura, la Iglesia nacional y su jerarquía tuvo dentro de su seno posturas enfrentadas y por lo tanto acciones dispares. La división consistió entre quienes hicieron oídos sordos a los reclamos de los familiares de desaparecidos por la dictadura e incluso también quienes avalaron estas violaciones, hasta aquellos que fieles a las enseñanzas del Evangelio y el Concilio salieron en defensa de estas situaciones violatorias de los derechos más básicos, entre ellos estaba el Obispo de Navares.

En este marco la posición a favor de las enseñanzas del Concilio a las que adhirió de Navares en Neuquén, implicó para muchos no solo una opción religiosa sino también política, que marcó diferencialmente a la Iglesia neuquina. Desde este lugar la Iglesia local apareció en los espacios públicos fundamentalmente a partir de 1970 (junto a otras pocas del país), como punta de lanza, tanto en el campo estrictamente religioso como social, cultural y político.

Esto se fue plasmando en una historia en la que la organización social, la resistencia a la dictadura, la formación y sostenimiento de los

vínculos de solidaridad, se dieron en el marco de la protección y denuncia que desde el Obispado se ofrecía y propugnaba. Así fue como comenzó a gestarse en Neuquén, un modo particular de organización y movilización social donde las prácticas e ideologías políticas se asimilaron con los ritos y valores religiosos.

Actualmente en la provincia se efectúan con regularidad una serie de manifestaciones públicas y protestas de distintos sectores, motivadas mayoritariamente por su rechazo a las medidas de ajuste económicas implementadas tanto a nivel nacional como local. A pesar de su desaparición física, es habitual que en momentos de conflicto se invoque al Obispo de Nevares. Su nombre produce una serie de efectos que tienden tanto a la cohesión del colectivo que se manifiesta, como a imprimir o reforzar la legitimidad del reclamo. Su figura se convirtió en un territorio de disputa por parte de los distintos actores de la sociedad local.

Tensiones y dilemas alrededor de la construcción de la figura

Evidentemente fueron las acciones desarrolladas por de Nevares en sus años de ministerio las que habilitaron al pueblo de Neuquén a aferrarse a esta figura. En tanto “producto neuquino” es uno de los referente identitario insoslayable, que condensa una serie de significaciones alrededor tanto de posturas ético religiosas, como político- ideológicas. A esto se le agrega una serie de representaciones, a veces antagónicas, a veces difusas, o complementarias, que surgieron tanto a partir de títulos otorgados institucionalmente (“monseñor”, “ciudadano ilustre” “doctor honoris causa”, “presidente de APDH”), como de representaciones creadas desde la sociedad civil (“político”, “obispo rojo”, “misionero”, “peñi” (hermano en lengua mapuche). Sin embargo siempre y para (casi) todos fue “Don Jaime”.

Entendemos que el reconocimiento del que gozó de Nevares en vida (que puede evaluarse en las distinciones recibidas, como así también en la elección ganada en ocasión de la asamblea constituyente), pone de manifiesto la importancia de esta figura para la sociedad local. Su muerte se transformó en un punto de inflexión a partir del cual comenzó el proceso de construcción de la figura del “héroe” propiamente dicha. De allí en más se sucedieron una serie de gestos sociales, a partir de los cuales se puede intuir la puesta en marcha de la idealización del personaje como baluarte o

símbolo legítimo (o en proceso de legitimación) de principios ideales (ética, justicia, derecho y democracia, entre otros).

En este proceso participaron distintos sectores que se disputaban la autoría e imposición de la representación legítima de la figura. Cada sector (en la sociedad y la Iglesia) se esforzó por resaltar o invisibilizar aquellos aspectos del personaje, que se correspondían con la propia historia del sector, sus modos específicos de interpretar el pasado y de proyectar el futuro; es decir, los aspectos que colaboraban en la afirmación de la propia identidad y del propio proyecto político.

El análisis historiográfico nos aporta algunos elementos que nos permiten acercarnos a las articulaciones entre los procesos de legitimación, representación y construcción de la figura del héroe. La construcción del relato histórico participa activamente en la configuración de los héroes cuando legitima a través de los homenajes, los tributos y las biografías ejemplares la huella indeleble de los “grandes hombres”. Estos ejercen una suerte de poder para moldear la memoria colectiva. “Es más, ‘el héroe sirve de modelo a la posteridad’. Claro que determinar quien es y quien no es héroe, depende del universo valorativo del historiador”, y de quienes como él, se encuentran implicados en las luchas por la memoria, detentando y/o disputando la legitimidad de la interpretación y representación del pasado. Escribir historia, (pero también, proponer imágenes, consignas o nominaciones), supone “una tendencia filosófica”, de modo que los esfuerzos “sirvan a la vez para ilustrar nuestros anales y educar al pueblo por la lección moral que resulta del estudio de los hechos subordinados a un principio”. ¿Cuál es ese principio? Elegir aquellos hombres capaces de suscitar “la admiración simpática” o el “horror”; hacer de ellos “figuras simbólicas de la historia”. En fin, simbolizar en ellos el bien y el mal, o lo que es tenido por tales” (Pomer 1998, p. 36).

Más allá de las construcciones de distintas figuras hechas por algunos historiadores precedentes, cuyo universo valorativo provocó la idealización y los ‘hombres de bronce’ que deben ser venerados, creemos que es lícito tomar la construcción del “héroe” como la imagen que plasma también un universo valorativo más amplio dentro de la sociedad que se apropia de su figura. De esta manera se destaca en la figura de de Nevares, acciones que resultan significativas sobre todo por diferenciarse de la de sus pares, tanto entre quienes sustentan poder político como eclesiástico. De la misma forma ante la sociedad su actitud parecía estar orientada a borrar la distancia jerárquica que su investidura imponía y entablar relaciones más horizontales

que se asimilaban al sentido cristiano de “pastor” y “hermano”. Esa actitud con la que buscaba involucrarse con la sociedad (católica y no católica), provocó la admiración y la ejemplaridad moral. Así se destacaron en su figura aquellos valores que lo hacían un “igual” y aquellos principios que lo sustentaban como mediador y vocero de quienes carecían de poder político.

Actualmente en distintos espacios aparecen referencias que se relacionan con su figura en escuelas y salones de usos múltiples en barrios marginales que llevan su nombre. Una foto suya con su último mensaje en un cartel, fue fijado frente a la plaza de la Madre en el centro de la ciudad (donde las Madres de Plaza de Mayo filial Neuquén hacen sus rondas habituales) por las mismas Madres al cumplirse el segundo aniversario de su fallecimiento. Otra fotografía suya está enmarcada y colocada en el gremio de los trabajadores de la educación (ATEN). El barrio en el que vivió sus últimos años cambió su nombre para pasar a llamarse “Jaime de Nevares”. En Zapala se erigió un busto suyo en una de las rotondas de entrada. Se organizó una muestra en su memoria en el Museo Municipal que llevó por título “Don Jaime, un compromiso con la vida”. Se organizó una cátedra libre en la Universidad Nacional del Comahue a instancias de la Pastoral de Migraciones del Obispado, con la intención de rescatar “la dimensión política de la vida de Don Jaime”. Un grupo que forma parte del Frente Grande en Neuquén se autodenomina “Jaime de Nevares”. La sede local de la APDH hizo una pancarta donde colocó una foto de de Nevares y una inscripción, “Jaime presente”, con la que participan o encabezan las marchas habitualmente. Aparecen referencias a esta figura en distintos libros de texto de uso habitual en escuelas primarias y secundarias. Una de las postales que muestran imágenes de lugares típicos de la ciudad capital y la provincia consiste en una foto suya, que dorso lleva escrita la frase “Neuquén, Patagonia Argentina” como el resto de las postales. Además es importante recordar que las movilizaciones y protestas fueron y siguen siendo lugares en los cuales la figura de de Nevares es insistentemente puesta en escena. Esta lista que no pretende ser exhaustiva y que actualmente se sigue ampliando, tiende a mostrar como se multiplican las imágenes, las representaciones y los sentidos.

Quizás una de las tensiones donde se mostró más explícitamente la complejidad de la construcción colectiva de la figura, se encontró de la figura de su sucesor en el Obispado, el salesiano Agustín Radrizzani. Si bien la sucesión episcopal se dio en forma efectiva antes de la muerte de de Nevares, sin embargo la sucesión “natural” legitimada por la identificación

de la figura de de Nevares por algunos actores sociales con alto grado de protagonismo, no coincidió con la de la nueva autoridad, sino que recayó sobre Rubén Capitanio, uno de los sacerdotes más allegados a de Nevares y más consecuente y comprometido con las distintas luchas sociales de la provincia.

Cuando la renuncia de de Nevares a su cargo de obispo fue aceptada por el Papa, Agustín Radrizzani continuó como segundo Obispo de Neuquén desde 1995 hasta 2001. Si bien de Nevares mantuvo una actitud respetuosa, amistosa y de bajo perfil respecto de Radrizzani, era imposible que su protagonismo, las comparaciones entre un obispo y otro y la sombra de la descollante acción de De Nevares no aparecieran. Las características de este segundo período episcopal distaron mucho de ser las mismas que las del período de de Nevares. Radrizzani se caracterizaba por un orden y una metodología pastoral más estructurada, lo que ayudó a convertir a aquella “tierra de misión” en una administración diocesana más moderna. Desde un principio tuvo claro que “llegaba para caminar, sin la pretensión de reemplazar a nadie, junto con una Iglesia viva que quería andar por las huellas del Evangelio de Jesús” (Nicoletti 2001, p.455).

Si bien, los acontecimientos que con frecuencia suscitaron en Neuquén problemáticas en las que se había hecho siempre presente la mediación del Obispo, encontraron esta vez un Obispo más cauto y estudioso de las consecuencias de sus actos, Radrizzani siguió interviniendo cuando era necesaria y solicitada su presencia (Nicoletti 2001,p.456). La sombra de de Nevares y la insistencia de los neuquinos que seguían golpeando la puerta de la sede episcopal, obligaron al Obispo a interceder ante los hechos, mediar y acompañar. En ese sentido y en el estrictamente pastoral, la línea pastoral tendida por de Nevares fue continuada por el Obispo Radrizzani, aunque con un estilo distinto, más reservado y menos protagónico que el de su antecesor.

Pero la fuerza de la figura de Don Jaime, sostenida por algunos actores sociales neuquinos, no posicionó a Radrizzani como el sucesor “natural” de de Nevares. Este vacío pareció querer superarse a partir de un acontecimiento ocurrido en Villa La Angostura que sirvió de escenario para esta “entronización popular”. El titular del Diario local “Río Negro” afirmaba sobre una foto del sacerdote Rubén Capitanio celebrando Misa con estola mapuche: “Mil personas junto al ‘sucesor de Don Jaime’”. En homenaje a las bodas de plata sacerdotales de Rubén Capitanio, que atiende la zona de la Angostura y alrededores, se congregaron en julio de 2000 el

cantante Víctor Heredia, Fray Antonio Puigjané, y Juan San Sebastián, Las Madres de Plaza de Mayo de Neuquén, gente de la APDH, comunidades de barrios marginales de Neuquén, obreros de Piedra del Aguila y la gente de la Villa y sus poblados cercanos. Es importante destacar que no estuvo presente el Obispo Radrizzani.

Las elocuentes palabras de Capitanio en una carta donde agradece a todos los que estuvieron presentes en su vida, tiene el inconfundible sello y estilo de las denuncias de De Nevares. Capitanio pide perdón por los pecados de la Iglesia, “porque demasiadas veces no fue servidora fiel de todo el pueblo y de todos lo pueblos... por el genocidio realizado por las Fuerzas Armadas desde el año ’76, reconociendo que hizo algo, pero no todo lo que debía y podía: entonces su culpabilidad es incuestionable”. Capitanio sigue a de Nevares dentro de una misma línea política y pastoral que alza su voz denunciando la injusticia sin dejar de socializar las enseñanzas de la Iglesia. Punzante y directo Capitanio sueña “con una Iglesia que abandone sus obras para quienes no lo necesiten ...que deje sus aulas en Puerto Madero y vaya con urgencia a instalarlas en las barriadas más humildes de La Matanza”.

Cabe aclarar que este posicionamiento no fue provocado ni inducido por Capitanio y que hemos registrado una sola reacción pública sobre esta nota, aparecida en una carta de lectores del Diario Río Negro, que confirmaba este hecho. En esta carta un católico, evidentemente formado, por los términos eclesiásticos que manejaba en la carta, solicitaba una rectificación de parte de Capitanio de los términos “sucesor de Don Jaime”. El autor de la carta manifestaba que seguramente el padre Capitanio “nada ha tenido que ver al respecto” y realizaba la siguiente reflexión: “como el artículo deja entrever que lo de ‘sucesor’ de Don Jaime se estaría refiriendo a la cualidad de defensor de los derechos humanos y defensor desde el Evangelio de los mas pobres ante las injusticias, me pregunto: nuestro Obispo Agustín, ¿no defiende los derechos humanos? ¿No defiende a los humildes? ¿Es insensible ante las injusticias? ¿No ha dado testimonio, con su actuar en esta diócesis, de la defensa de estos derechos a los sacerdotes, religiosas y laicos, que nadie pide una aclaración a la idea que trasunta el titulo de la obra?”.

Este ha sido uno de los acontecimientos a través del cual nos podemos acercar a la complejidad de la constitución de la figura de de Nevares por la sociedad neuquina, tanto fuera como dentro de la Iglesia. Estas tensiones reflejan las dinámicas de la construcción identitaria local, que

encuentran en esta figura un modo alternativo de autoconstitución diferente al propuesto por el partido provincial (MPN).

En ese sentido, la puesta en escena de estas tensiones se manifestaron fuertemente durante los funerales del Obispo en mayo de 1995. Nos proponemos a partir del acontecimiento de su muerte -interpretándolo en su condición de ritual- rastrear allí las huellas e indicios de la controvertida construcción del héroe, relacionado con un imaginario colectivo local que se proyecta en distintas esferas de la vida social.

Entendemos que el ritual condensa experiencias y significaciones complejas, desandar la trama dramática que lo constituye permite comprender el mecanismo enmarcador que hace que los participantes del ritual interpreten lo que ocurre dentro de él. Si bien los rituales negocian y articulan significados, también son territorio de disputas y escenario de tensiones que, imposibles de armonizar, quedan implícitas en las operaciones propias de este tipo de acontecimientos, como son la ritualización, el decorum, la ceremonia, la liturgia, la magia y la celebración (Mc Laren 1995). Así, tal como lo señala Mc Laren, el ritual puede reificar el mundo sociocultural en el que está enclavado, permitiendo a los involucrados volver sobre sus propios procesos de interpretación. En este sentido presentan una dimensión política pudiendo incorporar y transmitir ciertas ideologías o visiones del mundo.

El funeral de de Nevares, en tanto ritual, nos permite acercarnos a los procesos que llevan a cristalizaciones sociales más profundas que la propia sociedad inventa y deja situar como parte de sus ideas “eternas” (Da Matta, 1997).

Los funerales del Obispo: “Marcha por la vida”

El 19 de mayo de 1995 a la 1 y 50 de la madrugada, moría en Neuquén, Monseñor Jaime Francisco de Nevares. La noticia no resultó imprevista, con sus ochenta años y una larga y grave enfermedad, se encontraba desde hacía cierto tiempo internado en una clínica local. Sin embargo la conmoción fue grande, moría Don Jaime, “un hombre bueno”, “un símbolo”, “ese raro obispo”, “el obispo del camino”, el “pastor de los pobres y los perseguidos”, que “tenía condiciones de líder”, que acompañó durante treinta años al pueblo de Neuquén mezclándose y comprometiéndose en la construcción colectiva de la historia, mientras que “para la iglesia de Neuquén fue, El Conductor”.

Poco después del mediodía se abrieron las puertas de la catedral, delante del altar sobre un catafalco, forrado con una tela púrpura, yacía el cuerpo. Ataviado con el traje y ornamentos obispales, a su izquierda apoyado sobre el mismo catafalco el báculo, a su derecha extendida una estola tejida con diseños mapuches, a sus pies un pequeño arreglo floral y un puñado de piñones. El traje en su cuerpo era la representación de la autoridad de la Iglesia, de la jerarquía, de la distancia entre los hombres importantes y los otros. Salvo por un detalle, en sus pies en lugar de los zapatos con las hebillas episcopales, llevaba los borceguíes que usaba habitualmente. Los zapatos de andar siempre contrastaban con ese atuendo que no uso casi nunca, pero que sin embargo tenía un sentido profundo; a propósito del traje alguien dijo: “Así es mejor, para que hablen”.

De esta manera permaneció exhibido ante una multitud que desfiló frente a sus restos de manera incesante durante dos días. Pasaron por allí todos sin excepción: figuras públicas y gente anónima, dirigentes de la iglesia católica y de las otras iglesias y religiones, el comandante de la sexta brigada y los dirigentes de los organismos de derechos humanos, locales y nacionales, compatriotas y extranjeros, fieles católicos y amigos íntimos, familiares directos, enemigos, indiferentes, etc. Todos estuvieron allí.

Hubo abundantes y elocuentes muestras de dolor y emoción, rezos. En la noche del velorio de entre la muchedumbre se abrió paso Samuel, se acercó a la tarima, se colocó el *kipá* y pronunció un *kadish* en medio de un profundo silencio que invadía la catedral.

Afuera se escuchaban comentarios, alguien preguntó “¿Por qué tan largo el velorio?”, - “hay que darle tiempo a las comunidades que vienen del interior”.

En la provincia se decretaron tres días de duelo, y se colocaron las banderas de los edificios públicos a media asta. Algunos sacerdotes, los más allegados, se encargaban de los detalles del funeral, querían para Jaime un velorio diferente, querían transmitirle al público que “Don Jaime no se fue, está aquí, con nosotros”. A uno de ellos le tocó elegir el ataúd, la empresa le dijo que eligiera el que quisiera que ellos corrierán con el costo, entonces el sacerdote pregunta: “¿cuál es el que usan todos?”, y señalando un cofre estándar el vendedor responde: “aquel, el más económico, es el que cubre el servicio prepago”. “Ese entonces” decide el sacerdote, y le explica al vendedor: “sabe qué pasa, si llevo otro, Jaime me mata”.

Frente a la catedral, en la avenida principal de la ciudad capital se levantó un escenario desde el cual se celebraría la misa de exequias. Llegado

el momento, sobre el escenario las autoridades de la iglesia católica locales y las llegadas desde otros lugares del país; en la calle más de 10 mil personas desbordaban la avenida cuando desde el escenario un sacerdote, su amigo, anunció: “Jaime no se fue, está aquí con el pueblo”, en ese momento el féretro era sacado del interior de la catedral y conducido al escenario. En medio de un clima muy especial se ofició la misa mientras el obispo en funciones hizo su sermón. Cuando todo parecía terminar sobrevino algo inesperado, una vez más su amigo y secretario personal anunciaba: “ahora vamos a escuchar a Jaime”. En ese momento comenzó a escucharse por lo parlantes unas palabras que de Nevares dejó grabadas a pedido de un sobrino suyo. La voz entrecortada y doliente de Nevares hablaban por sí mismas de su agonía, y desde la agonía prescribió: “Tata Dios nos pide coraje, que no nos achiquemos”.

Terminada la misa se hizo la denominada “Marcha por la vida”. El ataúd fue colocado en un coche y se invitó al público: “acompañemos a Jaime en su última vuelta”. La multitud peregrinó-marchó junto a Jaime por última vez detrás de sus restos, por la avenida Argentina hasta el monumento a la Madre, dieron la vuelta por el bulevar hasta el monumento a San Martín y regresaron a la catedral, como innumerables veces habían hecho junto a las Madres de Plaza de Mayo y demás organismos de Derechos Humanos.

Desde el escenario algunos sacerdotes, sus amigos, arengaban durante la marcha a la gente con sus brazos en alto: “¡viva Jaime de los Pobres!”, “¡Viva Jaime de los perseguidos!”; en su última vuelta, de Nevares recibió además de vivas, flores y aplausos. Cuando los restos llegaron a las puertas de la catedral donde serían sepultados, una ovación coreó: “Jaime querido, el pueblo está contigo”, mientras se escuchaba de fondo una canción que el cantautor Cesar Isella le compusiera unos años antes.

El funeral fue un evento sin precedentes en la provincia, no solo por la magnitud de la concurrencia, sino por lo inédito del ritual, muy distinto al protocolo seguido habitualmente en los casos en los que fallece un miembro de la jerarquía de la Iglesia católica. Aunque es importante destacar la presencia de aquellos simbolismos propios no solo de la religión sino de la institución que aparecen resaltados con toda nitidez. Sin embargo lo nuevo de este ritual es el uso de otros simbolismos no necesariamente asimilados con el ritual católico, sino más bien con las prácticas políticas (la marcha, las arengas). En este sentido este ritual particular connota una secularización y universalización (dentro del universo limitado al mundo

simbólico de Neuquén) de la figura (asumiendo la representación no solo de los católicos, sino del conjunto de los neuquinos); al mismo tiempo que reedita el contenido de fe religiosa y católica en la expresión propiamente política de la zona.

En principio el atuendo del cuerpo es muy significativo y tiene directa relación con las representaciones en pugna alrededor de la figura de de Nevares. Las imágenes que de él circularon con mayor masividad, no lo representaban con la vestidura de obispo, muy por el contrario, no hay nada que lo identifique como autoridad jerárquica de la iglesia, solo el cuello blanco lo distingue en las fotografías como clérigo. La mayor parte de las representaciones nos presentan una imagen “familiar”: tomando mate, o con un poncho que solía llevar sobre los hombros. Solo en algunas de ellas, tomadas especialmente por organismos oficiales del Estado, se lo ve en ornamentado como Obispo con algún elemento que denota autoridad, como el báculo, el solideo, la mitra, etc.

En el funeral se cuidó de vestir el cuerpo con todos los atributos correspondientes a su investidura, para aproximarnos a la significación profunda de este detalle consideremos la simbología que los adornos representan. La sotana de color púrpura, color episcopal; un cingulo que tiene en sus nudos la significación de los tres votos: castidad, pobreza y obediencia; la mitra que es el gorro largo abierto, significa que es sumo sacerdote; el báculo es el cayado de pastor, símbolo de la autoridad ante el rebaño y finalmente el anillo episcopal significa el desposorio con la Iglesia. Hasta aquí la alusión de la representación remite a restablecer, fortalecer y legitimar la autoridad de la Iglesia católica y de la jerarquía que la misma sostiene y propone, se apeló para ello a su investidura como obispo. En ese sentido la investidura instituye la legitimidad tanto de la autoridad como de la representación, consagra, sanciona un estado de cosas, un orden establecido. “La investidura (...) consiste en sancionar y santificar haciendo conocer y reconocer una diferencia, haciéndola existir en tanto que diferencia social, conocida y reconocida por el agente investido y por los demás” (Bourdieu 1999,p.80). El mismo autor señala la relevancia de la investidura, cuya eficacia simbólica reside en el poder de actuar sobre lo real, actuando sobre la representación de lo real.

Así el atuendo, que representaba la autoridad, afirmaba la legitimidad del personaje tanto ante la sociedad como ante la Iglesia católica. Sin embargo esta autoridad y legitimación corre también por otro camino que es el del reconocimiento por parte de un sector mayoritario de la sociedad

local (fieles y no fieles) de la figura como referente ético, esta autoridad moral que trasciende la instituida por la Iglesia aparece también representada en el cuerpo. Los zapatos, la estola mapuche, los piñones a sus pies, son símbolos que tienden a otorgarle también legitimidad a esta otra representación. Creemos vislumbrar aquí una multiplicidad de sentidos y tensiones.

La asunción por parte de Nevares de los principios conciliares y su distancia y posicionamiento crítico frente al poder político, implicaban una relación controvertida con muchos de sus pares que defendían posiciones pre-conciliares, conservadoras y de alianza con el Estado. Si bien era imposible desconocer el poder del que gozaba de Nevares en virtud de su calidad de obispo, y entre los obispos por su educación universitaria y reconocida posición aristocrática, su posición dentro de la Iglesia formó parte de una minoría. Esta falta de consenso lo puso muchas veces en una situación difícil de aislamiento, que sólo compartió con unos pocos obispos: Hesayne, Angelelli, Novak, Zaspe, entre otros.

Teniendo en cuenta este contexto, el traje con que se cubrió el cuerpo parece venir a afirmar ante la Iglesia que el fallecido era una autoridad legítima: “así es mejor, para que hablen”. Aún con la particularidades que caracterizaron a la acción de de Nevares dentro y fuera de la Iglesia, se trata de un sumo sacerdote como lo indica la mitra. Vestir el cuerpo con la ropa que usaba habitualmente hubiera significado afirmar la figura en el lugar del aislamiento, completando la operación de negación de su autoridad, poniendo así en peligro la legitimidad de la línea política de la Iglesia local. Para los miembros de la Iglesia que se hicieron cargo del velorio pareció importante colocar las acciones de de Nevares en el lugar de la “opción” (en el sentido cristiano del término) y ubicar su figura (ante la Iglesia y la sociedad) claramente como parte de la jerarquía de la Iglesia.

Los zapatos y los piñones, fueron ubicados estratégicamente en los pies, de modo tal que su autoridad moral y popular no empañara la legitimidad de su investidura obispal.

Se hicieron varios momentos de oración durante el velorio dentro de la catedral. Los sacerdotes desde el altar por de tras del cuerpo, dirigían las pequeñas ceremonias y resaltaban el espíritu comprometido y ecuménico de la figura. Precisamente el aspecto de ecumenismo practicado por de Nevares, dejó también un impronta importante en la Iglesia neuquina, que es mantenida hasta hoy mediante una articulación de los dirigentes de distintas iglesias y religiones locales ante acontecimientos sociales graves.

Durante su velorio la oración que hiciera Samuel vino a reafirmar públicamente este reconocimiento, sin embargo es importante marcar una vez más un pequeño detalle. El rabino hizo su oración acompañado por el quien fuera el secretario y amigo íntimo del Obispo: el sacerdote Juan San Sebastián, quien se colocó a su lado, pero no en el altar sino a los pies del cuerpo, detrás del cordón por el que desfilaban todos los que quisieran darle su último saludo. En este caso, un vez más el lugar del poder (el altar) se reservó a aquellos que se presentaban como los dueños legítimos de la figura: los sacerdotes católicos, cuya representación disputaba su propia legitimidad como referentes (y no ya la de de Nevares), tanto hacia adentro de la Iglesia como ante la sociedad.

Otro aspecto relevante se centró particularmente en esta ceremonia en el sentido de la muerte. En lugar de acentuar la ausencia de la persona, pasó a tener manifestaciones y connotaciones que se relacionaron con la presencia permanente. Durante todo el funeral, el mismo de Nevares no dejó de ser el actor principal que participó activamente de los hechos.

Llama la atención el esfuerzo por eternizar la figura, no tanto en la dimensión de inmortalidad con que se suelen mitigar los efectos caóticos con los que nos enfrenta la muerte, sino más bien en la dimensión cotidiana de la efectiva y real presencia. En este sentido es importante tener en cuenta que las alusiones a la presencia de de Nevares no se refirieron a su “espíritu”, ni se hicieron en sentido figurado, muy por el contrario, se aludió a que *efectivamente* “está con el pueblo”, ya que él (su cuerpo) fue quien traspasó la puerta de la catedral para asistir a “su” misa; *efectivamente* fue él quien habló al pueblo; *efectivamente* fue quien encabezó la *marcha de la vida*.

Esto parece indicar una operación de negación de la muerte que se hace explícita en el ritual, el estilo de dramatización propuesto tendía a poner en foco un aspecto de la realidad (la muerte) y convertirlo en un instrumento eficaz para cambiar su significado cotidiano y darle un nuevo significado (Da Matta 1997). Estos nuevos sentidos modifican la realidad actuando como indica Bourdieu, precisamente sobre la representación de esa realidad. Así observamos que la cantidad de referencias actuales a su figura se relacionan con esta representación que actúa sobre la realidad pretendiendo instalar su presencia efectiva. No murió, “no se fue”, está en cada cartel, en cada entidad que se autodenomina con su nombre, en los cortes de ruta, y cada marcha donde la APDH va con su pancarta portando su rostro.

Desde el funeral en adelante su figura volverá una y otra vez al escenario público. De tal manera el ritual modifica y determina el sentido que la invocación de la figura implica de ahí en más. Es decir, portar alguna representación de esta figura (sea una expresión oral o una imagen) en el tiempo de la acción, tendrá que ver “con una presencia que se actualiza, pero también es el producto de una ausencia, de una falta que ninguna actualización alcanza a completar” (Forster 1997, p. 33). De ahí quizás la necesidad de “consagrar” un sucesor, consagración que como vimos también está inscrita en una disputa.

Finalmente nos interesa detenernos en los aspectos más secularizados del ritual. Nos referimos a aquellos que escaparon a la liturgia propia que la trama religiosa imponía y que pueden asimilarse con ritos propios de los actos políticos. Algunas cuestiones se relacionan con las acciones que desde el Estado se estilaban realizar ante la muerte de un personaje importante. Decretar los días por duelo, colocar las banderas a media asta, asistir a los funerales, son parte del protocolo que corresponde cumplimentar en estas circunstancias. Sin embargo, la visita de un grupo importante de dirigentes políticos, gremiales y del movimiento de derechos humanos tanto locales como nacionales, pusieron de manifiesto que la envergadura del personaje trascendía la obligatoriedad de cualquier protocolo. Por otra parte el luto que desde los estamentos oficiales se impuso a la provincia, estaba muy lejos de ser el reflejo de la alianza entre el poder político y la Iglesia tal como podría darse en otros lugares del país. La asimilación de la figura de Nevarés como baluarte de la identidad neuquina, se reflejó en aquellos aspectos que, fuera del simbolismo propio del catolicismo, lo dislocaban de su identidad de sacerdote y lo reubicaban como referente local y líder político.

Siguiendo a Laclau entendemos que la falla en la estructura hegemónica de la sociedad y la Iglesia que significó de Nevarés, permite al movimiento de derechos humanos local constituirse a partir de esta dislocación fundante. La “Marcha por la Vida” se constituye como un acto de identificación y en este sentido un acto de poder que se instala en la lucha por la sedimentación de una identidad positiva (esencializada).

Estos colectivos sociales pugnan entonces desde el primer momento por apropiarse de la figura y tener un rol protagónico. En este sentido el movimiento de Derechos Humanos local encontró en la “Marcha por la Vida” el espacio para legitimar su propia representatividad a través de esta puesta en escena. La misma abre la posibilidad de la construcción del

“nosotros” para el movimiento de Derechos Humanos y algunos otros colectivos que se identifican con principios comunes, como sujeto mítico. Según Laclau la condición “objetiva” de emergencia del mito es una dislocación estructural, “el trabajo del mito consiste en suturar ese espacio dislocado, a través de la constitución de un nuevo espacio de representación” (1993, p. 77). Así los distintos colectivos sociales entre los cuales el movimiento de derechos humanos es el más significativo, se disputan la figura colocándola como referente con distintas cargas significativas en el espacio político de la sociedad civil.

Esta construcción simbólica de la figura fue acompañada por los sacerdotes más allegados a de Nevares que, saliendo de los modos propios a su religiosidad, arengaban al público intentando insuflar los ánimos reeditando los gestos y actitudes que ligaban a de Nevares con las prácticas políticas locales. El coro que despidió finalmente a los restos del primer Obispo de Neuquén, fijó su figura por fuera de los muros de la institución de la Iglesia. Era esperable que fuera una oración reconocida la que se recitara en ese momento, sin embargo el reingreso de sus restos a la catedral fue paradójicamente acompañado por una canción de un cantor popular y la ovación de la multitud que gritó a viva voz ese “Jaime querido...”, consigna que se reitera todos los años en la conmemoración del golpe militar y que queda tan lejos del título de monseñor.

La figura de de Nevares condensa una multiplicidad de significaciones transformándose en sí misma en un símbolo el cual se encuentra plagado de tensiones y en pleno proceso de invención. Sin embargo dicho proceso se encuentra teñido por una historia local particular donde a partir de 1976 lo religioso y lo político confluyeron, como modo estratégico para algunos, como compromiso de fe para otros, como punto de cohesión y encuentro para todos aquellos que se oponían al totalitarismo. En este proceso y permeado por la misma historia se juega también las tensiones internas de la Iglesia católica neuquina que debe redefinir a cada paso su posicionamiento, en una sociedad convulsionada que le demanda explícitamente un rol protagónico como actor social.

Reflexiones finales

En la película “Jaime de Nevares, último viaje”, donde se refleja su última gira pastoral como Obispo de la diócesis por los parajes del interior

de la provincia. También aparecen allí las personas más allegadas a él que lo cuidaron en su lecho de enfermo. No es intención hacer un análisis de la película en esta oportunidad, simplemente remarcar que la misma fue estrenada en Neuquén cinco meses después de su fallecimiento y que en ella se reflejaban los signos más importantes asociados con la figura: los mapuches, los Derechos Humanos, los obreros, los migrantes, la asamblea constituyente.

La película parece venir a completar un círculo, el relato acerca del (y desde) el personaje (ya que él mismo es el protagonista de la película e interviene en su construcción) se construye desde una perspectiva heroica, presentándolo como personalidad ejemplar y condensando los valores que sostienen una postura ética.

La imagen se plasma sobre una narrativa donde la coherencia de vida es resaltada con mucha fuerza. Esta ausencia de contradicciones en la figura se intenta proyectar sobre la sociedad local en dos dimensiones, como una marca de identidad que la define, y como una tendencia a la cohesión y alianza frente a problemas que la sociedad sienta como amenaza, trascendiendo cualquier antagonismo o diferencia interna.

Sin embargo como hemos intentado mostrar, las tensiones y dilemas alrededor de la figura están muy lejos de reflejar una coherencia sin conflictos, muy por el contrario las luchas en la Iglesia y la sociedad alrededor del legado de Nevares, se tradujeron en una serie de disputas y tensiones que torcieron y resignificaron de muy distintos modos, las relaciones en y entre Iglesia y sociedad. Entrando así de lleno en el arduo proceso de interpretación, reinterpretación e invención del pasado en función de imaginar, soñar y proyectar otros futuros, teniendo en cuenta que este es un proceso que no puede darse fuera de las disputas políticas y los procesos culturales más amplios. En este sentido la historia lejos de cerrarse recién comienza a proyectarse en el campo de las luchas por la memoria, de esta manera la película es un elemento más en esta construcción conflictiva de la figura del héroe.

Si bien de Nevares como lo indica la postal puede considerarse un producto neuquino y, aunque controvertida, marca de su identidad, el proceso de secularización, apertura y ecumenismo de la Iglesia, y la inscripción de sentidos y prácticas religiosas en los movimientos sociales y políticos locales, tienen un durante y un después de de Nevares. Es esta conjunción la que parece encontrarse en un momento crítico en la que la construcción social de la figura de de Nevares y las luchas que implica esta construcción, juega un papel protagónico.

Siguiendo a Da Matta, entendemos que en el ritual colectivo del funeral la sociedad local propuso una visión alternativa de sí misma. La cual tendió a construir un universo simbólico, que se presenta como “matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales; conforman una totalidad significativa que explica: sueños, fantasías, etc. Le dan un orden a la historia, al tiempo, ubicando en el sitio adecuado el pasado, el presente y el futuro, vinculando al hombre con sus sucesores y con sus antecesores significativamente” (Paolini 1999, p.19). Paolini señala que el universo simbólico “se sostiene a sí mismo” al estar constituido por imágenes, signos y representaciones producto de la actividad social.

En este sentido las representaciones son constructoras de la realidad. Por eso, entendemos que rastrear las imágenes y denominaciones con las que se representa a de Nevares forman parte del camino que permite aproximarse a la comprensión de procesos sociales más amplios. Como explica Bourdieu las luchas y manifestaciones sociales destinadas a manipular las imágenes se traducen en disputas por “el monopolio respecto al poder de hacer ver y hacer creer, hacer conocer y hacer reconocer, imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y, a través de esto, *hacer y deshacer los grupos*: en efecto, lo que se ventila en esas luchas es la posibilidad de imponer una visión del mundo social a través de principios de división que, cuando se imponen al conjunto del grupo, constituyen el sentido y el consenso sobre el sentido y, en particular, sobre la identidad y unidad que hace efectiva la realidad de la unidad e identidad de ese grupo” (1999, p.88).

En estas luchas las interpretaciones del pasado que entran en pugna juegan un papel preponderante. Resaltar distintas dimensiones de la figura, (“pastor”, “líder”, “político”, “luchador”) implica apelar a la memoria de sus actuaciones en distintos acontecimientos, desde necesidades y proyectos políticos actuales diferentes. Para los colectivos sociales que no conforman la Iglesia, de Nevares fue un “luchador”, un “político” y su condición de religioso queda ocultada, relegada y hasta negada. Mientras que para algunos grupos de la Iglesia su condición de “pastor” está por sobre todas las demás y su actuación política es colocada en el lugar de la legítima “opción cristiana”.

Si como observa Cacciari “el abismo es pues el vacío indispensable para la eclosión de la memoria universal” (citado por Forster, 1997, p. 39), en el caso de Neuquén, la ausencia de de Nevares es un abismo que aparece como la condición de posibilidad sobre la que se despliegan las luchas y

negociaciones de significados que se juegan alrededor de la construcción de las identidades colectivas, los proyectos políticos y las inclusiones y exclusiones que marcarán los límites de lo local.

Notas

¹ A lo largo del trabajo mencionamos a la Iglesia católica en su faceta institucional regida por las autoridades eclesíásticas instituidas como tales.

² Entrevista a Jaime de Nevares por María Andrea Nicoletti y Pedro Navarro Floria, Neuquén, 6 de mayo de 1993.

³ Jaime Francisco de Nevares nació el 29 de enero de 1915, aceptaron su renuncia al cargo episcopal en 1993, pero permaneció en la ciudad de Neuquén como Obispo emérito. Falleció en Neuquén el 19 de mayo de 1995.

⁴ Esta elección resultó histórica ya que fue la primera y única vez que el partido provincial, MPN, perdió una elección en la que se jugaba la representación neuquina a nivel Nacional.

⁵ El Pacto de Olivos (1993) entre el entonces presidente Carlos Menem y el ex presidente Raúl Alfonsín buscaba legitimar la reelección del presidente Menem poniendo en un estado de precariedad a las instituciones democráticas.

⁶ Estamos haciendo referencia a la creación del Vicariato y Prefectura apostólica que Juan Bosco, fundador de la Pía Sociedad o Congregación Salesiana gestionó ante el Vaticano para el ingreso de sus misioneros a tierras consideradas para la evangelización “ad gentes”. Esta figura erigida 1883 directamente por la Santa Sede otorgaba a la Congregación libertad de movimiento en cuanto a la sujeción del Estado argentino, ya que consideraba a ese territorio poblado por “infielos” como tierra misionera.

⁷ Respecto de la anteposición del “don” al nombre debemos tener en cuenta que en Neuquén además de de Nevares hay otra figura importantísima que comparte el espacio de representación de lo local: Felipe Sapag, referente histórico del MPN, quien en reiteradas oportunidades dirigió los destinos de la provincia constituyéndose en un líder político indiscutible con connotaciones de caudillo. El mismo ha sido contemporáneo de de Nevares y condujo la provincia durante los últimos treinta años. A Sapag se lo llama “Don Felipe” o, en campañas proselitistas, “Don Fe”. Así las referencias a Don Felipe y Don Jaime se articulan a un modo muy particular de relación de la sociedad con sus líderes (político y religioso), marcada por el reconocimiento en estas figuras como los que “otorgan la gracia”. El “don”, implica entonces, el reconocimiento de la autoridad, del dador, y al mismo tiempo es una expresión de acercamiento y cariño. Por otro lado cabe destacar que el “don” de De Nevares, no surgió como el imaginario colectivo neuquino cree, en su diócesis. Entre los salesianos es una costumbre proveniente de su fundador Don Bosco, la denominación “don”, utilizada por los sacerdotes de la congregación. Juan San Sebastián, su secretario y Juan Greggi, vicario que recibió al Obispo, coinciden en que esta forma de llamar a de Nevares surgió entre los chicos de Fortín Mercedes en donde Jaime de Nevares estaba encargado de los seminaristas menores. Cuando Agustín Radrizzani es nombrado Obispo de Neuquén, Juan San Sebastián le pregunta si tenía inconveniente en que lo llamaran “don Agustín” en lugar de Monseñor, porque la gente en Neuquén estaba acostumbrada por el “don Jaime”.

Radrizzani dijo que no tenía problemas y que le parecía mejor y más fraterno. Juan SAN SEBASTIAN, *Don Jaime de Nevares, del barrio Norte a la Patagonia*, Buenos Aires, 1997. pp 95 y 290.

⁸ Fundamentación del proyecto de Cátedra Libre Jaime de Nevares, convenio UNC - Pastoral de Migraciones 1998.

⁹ Facción política partidaria que luego se fusionó con el Frente por un País Solidario (FREPASO).

¹⁰ A propósito y como muestra de la naturaleza de la invocación transcribimos dos expresiones hechas públicas por distintos dirigentes gremiales: “hoy estaría en los cortes de ruta” (dirigente de ATEN, manifestación pública, marzo 2000); “sabemos que siempre estuvo junto a los trabajadores, no estamos solos, él está con nosotros y el mejor homenaje que le podemos hacer es seguir luchando juntos” (dirigente de ATE, Congreso de Trabajadores, 19 de mayo 2000).

¹¹ Palabras extraídas del Mensaje final del Obispo Agustín Radrizzani del 16/6/2001.

¹² Señalamos los conflictos sociales que ocasionaron las puebladas suscitadas en la ciudad neuquina Cutral Co (1996-97) y la toma del puente carretero que divide las provincias de Neuquén y Río Negro (1997) por el gremio docente (ATEN).

¹³ Diario Río Negro, lunes 10 de julio de 2000.

¹⁴ Este sacerdote fue su secretario desde el momento en que de Nevares asumió como Obispo. Tuvo una relación muy cercana de amistad, y lo acompañó y cuidó hasta su muerte. Fue una de las personas que se encargó de organizar el funeral.

¹⁵ Debemos señalar que la denuncia de Capitanío está enmarcada en un contexto más amplio en consonancia con el Magisterio de la Iglesia católica. El Papa Juan Pablo II enuncia un pedido de perdón durante el Jubileo por los pecados de acción y omisión que a lo largo de la historia la Iglesia cometió contra la dignidad de la persona, especialmente los genocidios, y la ausencia de intervención y denuncia ante gobiernos totalitarios y dictatoriales en distintas partes del mundo. Por otro lado, pocos días antes, el nuncio apostólico en la Argentina, monseñor Santos Abril y Castelló, expone este pensamiento papal ante la Comisión Bicameral Jubileo 2000, mencionando especialmente la acción abusiva de “tantas dictaduras, con su multitud de deportaciones por motivos ideológicos o religiosos (los llamados ‘enemigos del pueblo’) con sus justicias dudosamente imparciales, con sus desaparecidos, a veces niños, sin que se haya logrado el consuelo de una respuesta?” (Criterio 2255: 598). Poco después, el 8 de septiembre de 2000 en el Encuentro Eucarístico Nacional en la ciudad de Córdoba (Argentina), la Iglesia da a conocer públicamente un documento en el que pide perdón por sus pecados especialmente por aquellos que atentaron contra los derechos humanos, “por los silencios responsables y por la participación efectiva de muchos de tus hijos en tanto desencuentro político, en el atropello de las libertades, en la tortura y la delación, en la persecución política y la intransigencia ideológica, en las luchas y las guerras, y la muerte absurda que ensangrentaron a nuestro país” (Criterio 2255: 594).

¹⁶ Recordemos que de Nevares buscó siempre la socialización del Concilio Vaticano II, y las Conferencias de Medellín y Puebla. En este caso hacemos alusión a los últimos documentos del Papa Juan Pablo II en ocasión del Jubileo, en el que pide perdón por los pecados de la Iglesia, especialmente el genocidio judío. Hacemos referencia al análisis de estos documentos de la Revista Criterio, Buenos Aires mayo 2000, n. 2250.

¹⁷ Diario Río Negro, lunes 10 de julio de 2.000. Puerto Madero es un sector selecto de la ciudad de Buenos Aires, mientras que La Matanza es considerado una zona popular.

¹⁸ Diario Río Negro, martes 1 de agosto de 2000, Carta de lectores de Rodolfo Figueroa, Neuquen.

¹⁹ Las frases entrecomilladas corresponden a expresiones hechas por distintas personalidades locales, durante el velorio de de Nevares relevadas por los periódicos de la zona. De la primera en adelante en orden sucesivo los autores de las expresiones son: un hombre sin participación pública conocida, Felipe Sapag, una dirigente gremial, una militante del movimiento de derechos humanos, un sacerdote, el comandante de la sexta brigada, un militante peronista.

²⁰ Fruto del Pehuen (árbol típico de la cordillera) el mismo fue y sigue siendo parte de la alimentación básica del pueblo Mapuche, usado en sus ceremonias rituales y por lo mismo, símbolo de ese pueblo.

²¹ Cuenta San Sebastián que fue el encargado de buscar la vestimenta para el cadáver: “Lo primero que pensé fue en los zapatos. Recordé las palabras del padre Barreto en la Asamblea Diocesana: ‘*Cambio los zapatos con las hebillas episcopales, por los botecos de obrero con los cuales usted ha pisado los caminos de la Patagonia*’. Más adelante, muchos me habían de comentar el efecto que les causaron esos botines como signo de coherencia hasta el final.” (1997: 326).

²² Este término en el contexto local no designa a las comunidades cristianas, sino a las comunidades mapuches.

²³ Esta expresión fue reiterada insistentemente durante el funeral, en oraciones y declaraciones de los sacerdotes a los medios de comunicación.

²⁴ En total el recorrido incluye alrededor de 10 cuadras que componen el centro neurálgico de la ciudad capital.

²⁵ Los 24 de marzo, se recuerdan en la ciudad de Neuquén de distintas maneras cada año, sin embargo lo que es infaltable es la marcha tradicional que recorre la avenida principal, partiendo del monumento a San Martín, llega a la puerta de la catedral allí se hace la primera “parada” coreando la consigna mencionada.

²⁶ Documental realizado por Carmen Guarini y Marcelo Céspedes filmada a lo largo de seis años en el que presentan al obispo haciendo un balance de su vida, estrenada en Neuquén en 1996.

Referencias

- BOURDIEU, Pierre. *¿Qué significa hablar?*. Madrid: Akal, 1985/1999.
- CASTORIADIS, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Turquets, 1993.
- DA MATTA, Roberto. *Carnavais, malandros e berios. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro: Guanabara, 1997.
- FORSTER, Ricardo. *El exilio de la palabra. Ensayos en torno a lo judío*. Santiago de Chile: Arcis – Lom, 1997.
- HIPPERDINGER, Rubén. *Carta mortuoria a Jaime Francisco de Nevares (1915-1995). Salesiano de Don Bosco y primer Obispo de Neuquén, 1961-1991*. Bahía Blanca: Inspección San Francisco Javier, 1995.
- LACLAU, Ernesto. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1993.

McLAREN, Peter. *La escuela como un performance ritual. Hacia una economía política de los símbolos y gestos educativos*. México: Siglo veintiuno, 1995.

NICOLETTI, María Andrea. De Neuquén a Lomas de Zamora: monseñor Agustín Radrizzani. *Criterio*, Buenos Aires, n. 2264, p. 455-456, agosto 2001.

NICOLETTI, María Andrea y NAVARRO FLORIA, Pedro. Desafíos ante la realidad religioso cultural. Elementos para una caracterización de la religiosidad de la sociedad patagónica. *II Encuentro Sacerdotal patagónico*. Bariloche. 1 y 2 de mayo de 2003.

PAOLINI, Rita. La incorporación de los imaginarios y las representaciones colectivas al campo historiográfico. CD-ROM *VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia UNCo*, Neuquén, 1999.

POMER, León. *La construcción del imaginario histórico argentino*. Buenos Aires: EAL, 1998.

SAN SEBASTIÁN, Juan. *Don Jaime de Nevaes, del barrio Norte a la Patagonia*. Buenos Aires: Don Bosco, 1997.

ZANATTA, Loris. Religión, nación y derechos humanos. El caso argentino en perspectiva histórica. *Revista de Ciencia Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, n. 7-8.1998.

Diario Río Negro

- Sábado 20 de mayo de 1.995
- Domingo 21 de mayo de 1.995
- Lunes 10 de julio de 2000.

Diario La mañana del Sur:

- Jueves 21 de septiembre de 1.995

Revista Criterio:

- Buenos Aires (junio 1.995) (2155)
- Buenos Aires (mayo 2.000) (2250).
- Buenos Aires (octubre 2000) (2255)

Entrevistas

- A Jaime de Nevaes por María Andrea Nicoletti y Pedro Navarro Floria, Neuquén, 6 de mayo de 1993.
- Al padre Juan Greghi,sdb por María Andrea Nicoletti. Carmen de Patagones, 19 de mayo de 1998.

- Al padre Majín Paez por Laura Mombello. Neuquén, 24 de septiembre de 1.999.

Han sido utilizados también notas de campo tomadas durante el funeral de de Nevares.